

# DUBLIN: FESTIVAL DE LA CANCIÓN REACCIONARIA

EN las bases de la convocatoria del Festival de Eurovisión figura el propósito-cláusula de mejorar la calidad de la canción popular. A poco que recordemos *Muñeca de cera*, *Marionetas en la cuerda*, *La, la, la*, etcétera, etcétera, veremos que una vez más la realidad traiciona a la teoría. El montaje del premio de Eurovisión se ha convertido en un ritual publicitario para las distintas televisiones europeas y en una fuente de más saneadas que sanas ganancias: el autor de la canción ganadora puede percibir casi dos millones de pesetas en derechos, y el intérprete puede superar los veinte millones si su «manager» sabe sacar partido del prestigio que concede una victoria en el Eurofestival. En cuanto a las entidades nacionales que respaldan la actuación del cantante consiguen una cierta promoción turística, y si ganan, las glorias de la patria se incrementan en las vitrinas y en los corazones de sus súbditos. En ausencia de grandes dividendos épicos, la Europa del «foiegras» y las «sex-shops» se presta al juego pacífico de las victorias cantables.

La canción ganadora en el Eurofestival siempre ha tenido características similares: pegadiza, sentimental o alegre, con un tono vital «in crescendo» para que en el último «tachín tachán» el público hiciera suya la sensación de victoria que tenía el cantante, coyunturalmente convertido en Aquiles con faldas. Porque las faldas son una condición, casi «sine qua non», para triunfar en Eurovisión, y de todos es sabido que las victorias de las faldas, en estas circunstancias, se deben más a lo que ocultan que a las faldas en sí. Quiero decir que es un festival erotizado, en el que unas buenas piernas o una cierta fotogenia se han revelado inmejorables auxiliares del talento de los compositores, y cuando este

erotismo no ha desempeñado un papel primate, ha aparecido el otro, un erotismo más sofisticado, como el que dio la victoria en 1970 a la María Goretti irlandesa, la señorita Dana Brown.

## La verde Irlanda

Perdonen el tópico, pero tras presenciar la retransmisión del

festival uno deduce que en Irlanda hay dos cosas notables: la arquitectura georgiana y el color verde. El señor Joaquín Prat ha perdido con la «s» del apellido de Matías Prats buena parte del verbo deslizante del locutor deportivo-veneciano, y o se le envió muy mal documentado a Dublín o se olvidó de la documentación, porque del estilo georgiano

*Séverine nos dignificó, y por eso ganó. Introdujo en nosotros el morbo de ser mucho mejores, con una eficacia de ejercicio espiritual de los de antes del principio del fin...*



y del color verde no le sacamos en la rácana introducción al festival que nos dispensó TVE. La tacañería expositiva compensó mal el verbalismo triunfalista de otros años. A uno le dio la impresión de que era la publicidad quien se había comido el verbalismo y no las buenas intenciones de regeneración, porque al día siguiente, el señor Roberto Reyes volvió a retomar el verbalismo perdido y a repartir mandobles de españolismo del suyo, que no es el nuestro, cuando nos acusó de malos españoles a todos los que pedimos que se vuelva a imponer el artículo de Fuero suspendido en todo el territorio nacional. Entre Joaquín Prat y el señor Roberto Reyes hay toda una gama de ceños (es notable el del señor Roberto Reyes), y aunque la cara del señor Prat no se vio, no costó nada adivinar que contribuía a la alegría de la fiesta con su libertad de cejas y su inocente sonrisa. Fue la suya una retransmisión inocente en la que nos ayudó mucho a ver lo que veíamos y en la que exhibió, una vez más, su excelente pronunciación de la lengua inglesa. En cambio, estuvo algo despistado sobre el proceso del programa, porque no supo darse cuenta de que ya había terminado; incluso llegamos a sospechar que estuviera retransmitiendo el programa desde Prado del Rey. Malévola sospecha. Minutos después, en «Veinticuatro horas», las voces de Prat y Karina sonaban evidentes desde Dublín. O así lo parecía.

## Impresiones

Ante todo, la organización irlandesa pareció quedarse en el límite justo entre la parquedad y la poquedad. Un juego de platos como decoración de fondo y una locutora «camuflada» en un palco condicionaron la receta de sopas de ajo que fue el Festival



Karina, con su letra desarrollista, también trajo su mensaje de algo: la nueva cara de España, muy blanca...

de Eurovisión 1971. El plato central sólo demostró su eficacia durante la actuación de la «teen-ager» noruega Hanne Krogh, insidiosa introducción del lolitismo en el Festival de Eurovisión. Por su estatura de catorce años, la cabecita de la noruega coincidía con el centro del plato, y ya sólo bastaba la advertencia de Prat de que la niña «era muy mona» para añadir alguna proteína a aquella sopa de ajo irlandesa.

La voz de Prat, llena de originalidad, subrayaba los distintos países nacionales. Así, al llegar a Mónaco, dijo: «Mónaco, bien conocido por muchos españoles». Sorpresa. Bien está que a través de TVE se diga que tenemos el mejor consumo europeo de calcetines o el regaliz de sabor más intenso de todo el Mercado Común, pero que ahora se pretenda poner la ruleta de Montecarlo al alcance de todos los españoles nos parece un triunfalismo excesivo.

Nota destacable del festival fue la sosería de casi todos los intérpretes, entre los que destacaron la luxemburguesa, Monique Mel-

sen, y la inglesa, Glodagh Rodgers, en posesión de dos pares de piernas óptimas evidenciadas por unos progresistas «shorts». La ganadora, señora o señorita Séverine, nos pareció algo marchita, precario estuche para el perfume cantable de la Europa tranquila y confiada. Canta muy bien, pero uno sospecha que esto es lo de menos en un contexto lleno de trucadas complacencias. Me pareció más honesto, en relación el tipo de festival, el que la participante inglesa intentara sacar partido de su «sex-appeal» que el que la señora o señorita Séverine acunara el buen dormir de los telespectadores, con la sana conciencia por haber dado el premio a una canción grave, algo trascendente, filosófica, ¡jeal, titulada **Un banc, un arbre, une rue.**

En cuanto a Karina, empezó nerviosa, y eso lo pudimos advertir los espectadores españoles, porque habíamos oído varias veces la canción y pudimos comprobar que no llegaba donde otras veces llegaba. Después, la muchacha le echó furia española al asunto, que es lo que hay que

echar siempre para ocultar el nerviosismo, sea en la Puerta del Sol, sea arengando sobre españolismo o sea compitiendo en Eurovisión.

Por lo demás, Katja Ebstein sigue dándome miedo, y mientras no se haga la cirugía estética no ganará el festival; la irlandesa de este año era muy parecida a la María Goretti del año pasado, pero con diez kilos más; la parejita belga y sus arrumacos parecían un «spot» de propaganda anti-pildora; la chica portuguesa estaba muy mal teñida. En este nivel, mi más dura protesta contra la manipulación física de que se ha hecho víctima a Karina. Me gustaba mucho más rubia y anfiada y, además, el peinado que presentó no le sentaba nada bien.

### La virtud por encima de todo

No es un azar que las participantes más decentes en su atuendo fueran la irlandesa, la española y la portuguesa. Ya decía Cella Gámez que la irlandesa

cuando besa, besa siempre de verdad, y quien tuvo retuvo; pobres, pero decentes, podemos ir por Europa con la cara muy alta, en Flandes no se pone el sol, etcétera etcétera. Claro que el objetivo del festival es crear una mercancía bonita, alegre y barata, y que esa mercancía estaba mucho mejor en el estuche defendido por la señora o señorita Rodgers, sus «shorts» y el tema de **Jack in the box**. Pero mira por dónde la Séverine se puso trascendente y este año se venderá una tableta de trascendencia poética en un mundo nuevo y feliz.

La canción de Karina era una de las menos malas, y yo la habría votado con desesperación antes de que ganara la infame canción noruega **Lykken er...** Una canción con muy mala sombrilla, como la que movía y removía ese encanto de proteína que era la niñita Krogh. Fue un intento más de dar el pego de la virtud infantil, pero desde que el señor Nabokov publicó «**Lolita**» hasta la fecha ha llovido mucho y la gente está muy avisada. Las naciones subdesarrolladas jugaron las cartas más perdidas. Así, el señor Grech, por Malta, jugó la imposible baza de un machismo a lo Claudio Villa que no se estila, y el yugoslavo Slavinac puso en peligro el titoísmo con una pesadísima canción. Sin embargo, la palma de la obsolescencia se la llevó el maltés Grech, que nos pareció un Mario Lanza venido a mucho menos.

### Propósitos

La inutilidad del Eurofestival es tan evidente que está, pues, muy demostrada su eficacia. Ni en la forma ni en el fondo las canciones de festival han aportado, aportan, ni aportarán nada nunca. Y de eso se trata. Este año los suizos insinuaron una pequeñísima dosis de protestilla, ridícula y tontísima, a nivel de la capacidad de aceptación de la Europa adulta que estaba escuchando. Karina, con su letra desarrollista, también trajo su mensaje de algo: la nueva cara de España, muy blanca, gracias a la espuma controlada, ni poca ni mucha para su colada. Séverine nos dignificó, y por eso ganó. Introdujo en nosotros el morbo de ser mucho mejores, con una eficacia de ejercicio espiritual de los de antes del principio del fin, de los de antes de que España fuera la nueva Babilonia, según ha dicho estos días un predicador por ahí. ■ **LUIS DAVILA.**